



de Mayo del año mil y quinientos y treinta y nueve, dejándole de doce años menos veinte días; y en las ausencias de su padre comenzó á regir á España con juicio y divino celo superior á sus días, previniendo la virtud como en los nacidos para reyes. Fué en decir grave; en responder pronto y agudo; en percibir fácil; en advertir claro; en las cosas arduas y difíciles cauto, sesudo, detenido, y para todos los casos y ejercicios como si hiciera su fortuna. El arte del oficio del Rey nace de cosas tan grandes que autorizan á quien las ejercita; y criándose desde pequeños para ellas, son los sucesores más para reyes. Saliendo el Príncipe de palacio, le pidió con lágrimas una mujer templase la sentencia de muerte que dió á un hijo suyo la Sala del Crimen por haber muerto á otro. Don Felipe, sin mudar el caballo, se informó del Alcalde de Corte que iba en el acompañamiento, y dijo: «La sentencia está bien, y porque no hay parte y le aproveche el haberme detenido y rogado, déle luego el preso y salgan de la Corte.»

CAPÍTULO II

Don Filipe es jurado Príncipe en Aragón, y consúltase sobre su casamiento, y se efectúa con la Infanta de Portugal.

Entendió el Emperador Carlos V en Alemania vendria sobre Viena Soliman, señor de los turcos, con ejército innumerable, y para no obligarse á la resistencia sin bastantes fuerzas, tomó desde España, por diversion y ocupacion importante, recuperar á Argel en la Mauritania Cesariense. Rota con naufragio su armada, arribó á Cartagena su Majestad, y en Murcia descansó pocos días, y le escribió consolándole D. Felipe en suceso, á su parecer, desgaciadísimo. Decíale:

«Considerase no quitó á los reyes y mayores capitanes volver sin victoria de las empresas difíciles el merecimiento de su valor, habiendo los más prudentes y los más dichosos perdido y ganado; y quien perdió por la fuerza de la fortuna debía estar más consolado, pues contra su prudencia y grandeza con todos los elementos conjuró. Ni jamas conviene enojarse con los casos; obre cada uno lo que le ha tocado, que si dispuso bien, obró prósperamente. Tienen los caudalosos mercaderes y continos y largos navegantes, accidentes para naufragar, y el que imperó muchos años en tantas regiones y provincias distantes unas de otras, como su Majestad Cesárea. Acompañaron oraciones y sacrificios la causa justa, milicia disciplinada la empresa, el caudal grande para el peligro; fue de magnánimo acometer y

»quedó con la gloria de valeroso, diestro, reportado. Salian de Argel armadas en favor del Reyde Francia, su perpétuo enemigo; la vejacion de las costas de Italia y España, la ofensa y los vasallos clamaban por remedio á las puertas de sus alcázares, y no podía tapar los oídos un rey poderoso y cristiano sin mayor daño y nota que intentar valerosamente y ser vencido por la mala suerte. La felicidad del emperador Augusto y del Rey D. Hernando, abuelo de su Majestad, admiraba, y cotejada con su adversidad, la mayor experiencia no señalaba cuál sobrepujase. El consejo nació de la variacion de las cosas; la fortuna de la continuacion del bien; la industria de la necesidad de apartar los accidentes; la oportunidad del tiempo que trae, más por caso que providencia, como hacer bien los negocios y huir los males que los desinios determinados señalan en los efectos de las empresas dificultosas. Juntas se aman y alcanzan el fin propuesto en lo más dificultoso y desesperado; y juntarlas podria bien la prudencia de su Majestad Cesárea, para vencer en la segunda jornada que haria su Alteza con el amor y respeto que le tuvo siempre, y el deseo de su prosperidad y larga vida.»

Consoló al César la carta de su hijo amado como único varon, y en cuya imagen representado se hacia inmortal, y en la antiquísima y noble villa de Ocaña le recibió el Príncipe y juntos fueron por la posta á Valladolid. Allí supo cercó á Perpiñan en el condado de Rosellon el ejército frances asistido de su Delfin, y caminó á socorrerla. Libre ya, convocó los Estados generales de la fidelísima Corona de Aragón en Monzon, villa diputada, para juntarse en su jurisdiccion; aunque los catalanes quieren esté en la suya por la demarcacion cautelosa del Rey D. Jaime II en favor de su hijo D. Pedro, preferido en amor á D. Alonso su primogénito; que por lo mismo no llegó á heredarlo. Juron príncipe, y dieron su título de gobernador de Aragón á D. Filipe, segun que se tenía en costumbre desde el gran Rey D. Jaime, conquistador de Valencia, que habrá poco más de cuatrocientos y cuarenta y un años, fué el primero jurado Rey en Aragón y príncipe su hijo. Era décimo juramento el de D. Felipe, los cuatro en infantes de competente edad, los seis de menor con dispensacion del Reino. Para tomar venganza de su ofensa, fué á Italia D. Carlos y dejó por gobernador á su Filipe asistido del cardenal Tabera, del Duque de Alba, del Comendador mayor Francisco de los Cobos. Conocida es lo que más ha entretenido los vasallos en la fidelidad ver hijos de sus príncipes, en



quien consiste su firmeza y esperanza de haber señores de quien puedan ser gobernados. Y así debía D. Felipe, para tenerlos, casar en sazón que los gozase y dejase en su honor y buena memoria prefiriendo al gusto el servicio de Dios, bien de sus Estados y de su familia. Por esto el Emperador, sin intento de reiterar el estado conyugal, deseaba darle al príncipe y sus hermanas, y por no prevenir á Dios, tenía en espera los pretendientes y en su devocion, porque declarándose no la dejasen. Guerreado en Francia para retener el curso de sus victorias en Champaña, tomada Sandesir, trataron de hacer la paz los franceses y de afirmarla, casando don Felipe con madama Margarita, hija del Rey Francisco I, y el Duque de Orlens, su hermano, con la Infanta María dotada en los estados de Flandres, ó en el Ducado de Milan la hija mayor del Rey de romanos, Ferdinando, hermano del Emperador. Intervino en el tratado de negocios tan graves el Comendador Alonso de Idiaquez, Secretario de Estado y del mismo Consejo, y envió por la posta á España, á saber la voluntad de sus hijos interesados en la alternativa de los dos matrimonios, y á informar al Príncipe y á su Consejo, porque confiado su parecer y acuerdo le escribiesen. Don Felipe no admitia casar con Margarita, anteponiendo en amor á la infanta de Portugal María; hija del Rey D. Juan III y de la reina doña Catalina, hermana del Emperador. Quería tambien que á su tiempo casase la Infanta doña Juana su hermana (niña entónces) con su primo el Príncipe de Portugal, asegurando la sucesion y confirmando la union. Repró el dotar en el Ducado de Milan á la hija del Rey de Romanos, su prima, para quitar (como decian los políticos de Italia) la causa de las guerras en ella y complacer á los temerosos del poder cesáreo, porque dejarían á los franceses puesto contra Nápoles y Sicilia, y cerraban el paso de Italia y España para Alemania eslabonadas por él con la comun seguridad. Le consumió su patrimonio en conservar á Milan D. Carlos, y debía recompensarle su investidura. Desconvenia el dar en dote los Países Bajos patrimoniales, y que sirvieron con buena voluntad y caudal grande contra Alemania y Francia. Estaban muy mal sin la presencia del Emperador y era forzoso el faltarles, gobernando tantos reinos y señoríos divididos; y la esperanza de asistirles hijo de Filipe era larguísima. Admitirian mejor ser gobernados por alguno de la casa Austria, que enajenados ni áun para el hijo del Rey de Romanos, no olvidando lo que trabajaron en las guerras de Hungría administrados del Emperador Maximiliano por su hijo D. Fili-

pe Rey en España por casamiento y durante la menor edad de su nieto D. Carlos que imperaba. Eran los Estados de Flandres castillo de acero en medio de la plaza de Europa, puerta para las entradas en Francia y Alemania en favor de la casa de Austria, freno para las suyas en Italia y España, escudo contra Inglaterra, Alemania, Francia, donde y con quien reprimir su furor, gastar sus fuerzas, recibir los encuentros lejos de la cabeza desta Monarquía, para las empresas de mar y tierra igualmente poderosas. Casase Maximiliano con la infanta María con dote conveniente, y el evento de la sucesion, para conservar los Estados en su propia casa y más unida. Fuera terrible suceder el Duque de Orlens en tantos reinos, pues los naturales por el descontento desesperados, casada la infanta doña Juana con el Príncipe de Portugal, se arrimarian con perjuicio y sin culpa de la hija mayor, dando ocasion á tomar las armas los señores y dividirse ó destruirse los vasallos. Satisfizó la resolucion al César, porque á los franceses entretenia tanto destos casamientos para asegurarse, volviendo las armas en defensa de la religion católica. Y porque en la conclusion del tratado naceria (como suele en tales casos) dificultades, que diera el allanarlas tiempo para mejorar los acuerdos, siendo usado en las materias de Estado decirse y tratarse mucho más lo que piensan hacer ménos los Príncipes, aunque Luis Sarmiento, embajador de Castilla, ordinario en la Corte de Portugal, trató del efecto del matrimonio, mandó el César al Comendador Alonso de Idiaquez fuese á su conclusion á Lisboa, con instruccion y cartas de creencia, y cobrar la dote de que ayudarse en las guerras, y dar el parabien á los Reyes en capitulando en los conciertos. Era la Princesa muy hermosa, no grande en el cuerpo, y de deciseis años y veinte días en este de mil y quinientos y cuarenta y tres, y D. Filipe tenía más cinco meses. Tal correspondencia no se halla siempre en los Príncipes por la comodidad de sus Estados, especialmente en las hijas, cuya honestidad deja en sus padres la esperanza y seguridad de su bien. Con la dispensacion del Sumo Pontífice para contraer los primos, dispuso el efecto en Portugal el rey D. Juan, y en Castilla el cardenal Tabera y D. Juan Martinez Silecio, obispo de Cartagena, y D. Juan Alonso de Guzman, duque de Medinasidonia. Ellos y la duquesa de Alba, elegida camarera mayor de la Princesa, la recibieron en la ribera del rio Acaja, limite de las dos Coronas, con tres mil de á caballo, acompañada del arzobispo de Lisboa y del Duque de Berganza, y conforme á los



poderes hicieron la entrega á la usanza de Castilla. El Duque y los fidalgos volvieron á sus residencias, y quiso el Arzobispo asistir á las velaciones de los Príncipes. Salió á ver su esposa D. Felipe á siete de Noviembre desde Abadía, bosque y jardín deleitoso admirablemente del Duque de Alba, con el Almirante de Castilla, el Conde de Benavente y D. Alvaro de Córdoba, y fué á Salamanca ciudad muy antigua, cabeza de la provincia de Extremadura. Estaba para solenizar el recibimiento de los Príncipes bien adornada por el cabildo eclesiástico y seglar, y por la Universidad de ilustres en todas letras dichosa y fecunda madre. Hizo debajo de palio la Princesa su entrada, y recibió las bendiciones nupciales á quince de Noviembre, siendo padrinos los Duques de Alba, por mano del Cardenal Tabera. En el año siguiente, á ocho de Julio, miércoles, fiesta de la invención de San Quintín, mártir francés, parió la Princesa en Valladolid un hijo. Fué celebrado su bautismo en la capilla que hoy es del Palacio Real, y ántes de Nuestra Señora del Rosario, por el Cardenal Tabera, y en memoria del Emperador su abuelo le nombraron Karlos, derivado de la dición Karl, que significa en alemán robusto y melancólico. Así llamaron á Godofrido, Rey de los tungros y belgas, despues que sus hermanos fueron muertos y presos peleando con los hunnos, vándalos, sajones, romanos, y hollado de la fortuna se retiró en Magia, hoy Niemeghen en lengua teutónica, que fundó su padre en los confines de los Alemanes altos y bajos. Descendia el Infante de Godofrido por los Duques de Bravante y Condes de Lobaina y Flandres. Cuanto alegró el parto, entristeció la muerte de la Princesa, y fué depositado su cuerpo en el monasterio de San Pablo, y llevado despues á la Real capilla de Granada con los Católicos Reyes D. Fernando V y Doña Isabel sus gloriosísimos abuelos. Hizo la funeral y exequias con luto y gran pompa España, y el oficio del novenario el Cardenal Tabera en la Côte, con tal dolor, tristeza, trabajo, que falleció, aumentando á D. Filipe el dolor la pérdida de tan religioso prelado y sábio consejero. Confortó á su hijo el Emperador con la imitación de su paciencia en el fallecimiento de la Emperatriz su madre, acordándole las razones con que le había consolado. Viudo el Príncipe, nueve años y doce dias esperó lo que su padre quiso hacer dél, ayudándole en la administración de los reinos con admirable providencia, igualdad de justicia, prudencia, celo de la religion, entereza, seguridad, aunque en edad muy floreciente. Como nació para grandes cosas, daba muestras aventajadas de lo que puso

naturaleza en él para lo mismo que nació, no sufriendo tuviese ánimo abatido el que trataba negocios arduos y de gran peso. Continuaban las ausencias del Emperador, y los Estados generales de la Corona de Aragon pedian junta en el año mil y quinientos y cuarenta y siete, para mantener su quietud con reformacion de abusos y mejora de costumbres por vía de leyes. Tocaba á su Rey, y no pedia asistirles, porque guerreaba en Alemania, gobernando los ejércitos el Duque de Alba contra los sectarios de Martín Lutero, heresiarca, enemigo terrible de la Iglesia romana y del Sumo Pontífice. Suplicaron á D. Filipe presidiese en las Córtes y proveyese usando de su facultad, y los consultantes decian: Fué molesta y detenida aquella expedición á los Reyes por las licencias con que general y particularmente les pedian justicia los vasallos; y los sabios y justos suelen concederles mucho, vencidos de sus peticiones y clamores en tales juntas. Otros las aborreció la tiranía, mas no tenía fundamento más asegurado la Monarquía que dar recurso á cada provincia y ciudad de todas sus necesidades, y participacion á cada uno de sus negocios, que tocan á lo universal de la república y de sus miembros. Oyen las quejas y dolencias, que de otra suerte no pueden los señores: descubren las injusticias y robos debajo de su nombre real cometidos, porque ven, oyen, hablan por los ojos y ajenas lenguas y orejas. Era el más ecelente grado de majestad superior recibir por ley lo que mandaba, prohibía, consentia el Príncipe á su pueblo postrado, y á los señores, haciéndole homenaje de obediencia, no quedándose sino el bien del obedecer, llamándose humildes vasallos, congregados por su mandamiento. Don Filipe por su gloria, por la necesidad de recoger los tributos para su padre, por la comodidad de los súbditos, libró convocatoria para juntar en Monzon los dos reinos y el Condado de Cataluña. Despachó por la posta al Comendador Alonso de Idiaquez con la relacion de los negocios más graves de España, y navegando el rio Albis, famoso en Alemania, fue muerto en edad de cuarenta y un años por traza del gobernador de Torga de Sajonia, y poco despues á los matadores destrozaron los ministros de justicia del Imperio. Fué natural de la villa de San Sebastian marítima de la provincia de Guipúzcoa, y estimado del Emperador por su fidelidad y prudencia, y ocupado en los despachos y negocios de mayor importancia. Antes de habilitar á D. Filipe los Reinos para presidirles, juró guardaría los privilegios y leyes de la Corona contra la suprema autoridad, usado primero por el Em-



perador Trajano, y proseguido por Teodosio y por los Príncipes en su coronacion, para que los súbditos obedezcan mejor. En tanto enfermó en la ciudad de Augusta el Emperador D. Carlos, Germánico llamado ya por haber triunfado en beneficio de la cristiandad del Duque de Sajonia y de sus secuaces; y su Majestad Cesárea estaba fuera de todos los peligros. A darle el parabien de tanta felicidad envió por la posta á Rui Gomez de Silva, príncipe de Ebuli, gentil-hombre de su cámara y su favorecido. Alentó al Emperador la visita, y para gozar más del contento comunicándole, pues se hallaba don Felipe viudo y con heredero, quiso verle, y que viese las provincias patrimoniales de Flandres, y ellas le reconociesen por su legítimo señor, Con este orden llegó Rui Gomez á Monzon, y poco despues el Duque de Alba para ejecutalle con el título de mayordomo mayor del Príncipe, y más ilustre por las empresas del César y participante de sus victorias. Luego publicó su partida para Flandres D. Filipe, y para Castilla á disponer sus Estados. Acabó solemnemente en sólio ó trono de soberana majestad las Córtes largas, y por el expediente dificultosas, con general satisfaccion y grande autoridad, mostrando la grandeza de su estado, franqueza y generosidad de su corazon, preeminencia de su persona, amor de los suyos, gravedad y justificacion de su consejo, cortesía de la nobleza, bondad de su familia. Los sabios no atienden á los ricos atavíos del Príncipe y de sus criados, sino los que trata y consulta de cerca consideran. Salió de Monzon á ocho de Noviembre para Alcalá de Henares, donde sus hermanas María y Juana y el infante D. Carlos estaban, asistidas de D. Juan Martínez Siliceo, á quien subrogó el Emperador á petición de su discípulo en la dignidad Arzobispal de Toledo y capelo del sabio Cardenal Tabera. Amaba tanto y acompañaba las Infantas el Príncipe, que sus méritos (estando sin sus padres) no enriquecieron con ejemplo de santidad los monasterios, pues ninguno tuvo tal recogimiento, pureza y religion como su Palacio. Celebraron su llegada con varios festines y torneos de á pié y de á caballo con gran solemnidad, especialmente el de la isla de Henares, que fué de los más célebres de que hay memoria, por grandeza, ornamento, gasto, orden, sucesos de caballería dignos de escritura con alabanza; donde la ecelencia deste Príncipe resplandeció gallardo y buen caballero. Todas las cosas de su tiempo fueron admirables, como su movedor y causa en las soberanas partes de su persona. No aborrecia los entretenimientos, y pareciale humanidad y cortesía meterse entre los pasatiempos del Palacio

y de la córte, tomando lado con las damas. Fué á Valladolid, y formó á la usanza de Borgoña su casa, contra el deseo y esperanza de Castilla; mas no ser cumplido el tiempo, ni llegado el caso de la capitulacion con el rey D. Filipe I, y la jornada á Flandres, motivaron su determinacion. Cuidó mucho de la eleccion de personas para el gobierno civil y militar, y en el familiar con mayor exámen. Descubre la inclinacion, capacidad, limpieza de vida del Príncipe, de quien copian la forma los súbditos, y nace su quietud, fama ó infamia del señor. Los necesarios en cada oficio tenía, ya que sobrasen algunos en las dos casas de Castilla y Borgoña. En su juventud señores grandes, agradables, gallardos para el esplendor le sirvieron y acompañaron con suntuoso aparato en sus Reinos, y en los extraños despues, los más acomodados para servir, como los grandes para ser servidos, por esto menospreciadores del servicio cotidiano, y atrevidos por su poder con despreciamiento, y mal satisfechos aun de las inmensas mercedes. Así la ley de la Partida. En el dia de la Asuncion al cielo de Santa María, madre de Dios, comió en público con las ceremonias solemnes, ornamento de mayordomos, gentil-hombres de la boca, reyes de armas, maceros y ballesteros de maza, cantores, ministriles, trompetas, atabales, los soldados de su guardia distribuidos en el Palacio. Esperó la venida del archiduque Maximiliano de Austria, rey de Bohemia y de Hungría su primo, hijo de D. Fernando, Rey de Romanos, que se embarcó en Génova á quince de Julio en las galeras que á sueldo del Emperador traía Andrea Doria, príncipe de Melfi, capitán general en el Mediterráneo, y otras de la guardia de Nápoles y Sicilia, y en las mismas había de pasar D. Filipe á Italia. Habiendo de efetur el matrimonio concertado con su prima la infanta María, pareció al Emperador y al Rey de Romanos viniese á España Maximiliano, y porque en la ausencia de D. Filipe la gobernase con su mujer. En Barcelona D. Pedro y D. Diego de Córdoba le visitaron de parte del Príncipe y de su prima. En Valladolid dió á Maximiliano y María las bendiciones nupciales el Obispo de Trento, Príncipe del Imperio, y fueron padrinos D. Filipe y la infanta doña Juana, ratificando el desposorio hecho en Aranjuez por el Arzobispo de Toledo con la facultad que trujo Juan Perenot de Granvela, conde Chantoney, hijo de Mos de Granvela, borgoñon, consejero y privado del Emperador. Con su poder introdujo D. Filipe en el gobierno á los Príncipes, y dejó en su encomienda la crianza (en que duraran muchos) del infante D. Carlos heredero de la Monarquía, y por su muerte y sin otros



hermanos, los hijos de la princesa María con seguridad de padres celosos de su bien.

CAPÍTULO III.

Viaje que hizo D. Filipe á Flandres.

Habiendo forzosamente D. Filipe de navegar, porque entraba el invierno, envió disponiendo su viaje delante su capilla, casa, caballeriza, y partió por la posta en su seguimiento. A doce de Octubre entró en Barcelona con solemnidad y contento de la Corte y del virey D. Juan Fernandez Manrique, marqués de Aguilar. Caminó para Rosas, puerto muy grande del Condado de Ampúrias, y la ciudad de Girona le recibió como Príncipe della y Duque de Momblanc, títulos del primogénito de Cataluña desde el Rey D. Juan I, con grande aparato, pompa y palio, y fué la primera vez en que debajo dél gloriosamente estuvo. Llegó á Rosas, no sin peligro por los terribles aguaceros y sus inundaciones, donde tenía la armada de cincuenta y ocho galeras con muchos navíos de gran porte el venerable Andrea Doria con autoridad consular, reverenciables canas salidas haciendo importantes servicios á la Corona de España. Vió á su Príncipe, y admirando su majestad y lindeza, arrodillado en su acatamiento, con amoroso afecto, como á sucesor de tan gran Imperio y nuevo defensor de la Iglesia, puestos los ojos en el cielo, dijo: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, quia viderunt oculi mei salutare tuum.* Recibióle el Príncipe con agrado semejante, debido á su valor y hazañas. En tanto que Francisco Duarte, proveedor general, disponía la embarcacion, visitó á Perpignan y Salsas, plazas fuertes confines con Francia, para ver su estado y proveer en su mejor defensa. Embarcóse, acomodada ya la multitud de gente, caballos y recámaras de los muchos señores que le seguían con gran riqueza y acompañamiento de parientes y criados que iban con el Duque de Alba y el gran Prior de Leon, el Almirante de Castilla, el Marqués de Astorga, el Duque de Sesa, el Marqués de Pescara, el de Falces, el de las Navas, los Condes de Gelves, de Castañeda, de Cifuentes, de Luna. No era ménos considerable el número de los eminentes en las armas, ciencias y artes. La armada, buscando el puerto de Aguasmuertas en Francia, antiguamente la Fosa Mariana, reforzó el Narbonés, travesía del golfo, tanto que resolvió el Consejo el arribar necesariamente á Colibre. El Príncipe conoció el riesgo, pero mandó proejar gallardamente, mostrando grandeza de ánimo, aunque su bastarda ala una

y otra banda celosa con grueso mar iba mal asegurada de seis galeras, que recibían las olas por los costados, sin desamparalla, aunque le suplicaron muchos señores pasase por la seguridad á otra. Y habiendo dádole cabo cuatro galeras, con gran trabajo y contienda del mar, entró en Aguasmuertas, porque había paz entre las dos Coronas de Francia y España. Importó su determinacion, temeraria en parte, porque el tiempo ya tempestuoso retardára con gasto y incomodidad la jornada hasta la primavera del año venidero, si arribáran las galeras á Cataluña. En Saona, ciudad en el Genovesado, fué recibido de D. Francisco de Bobadilla y de Mendoza, cardenal Obispo de Coria; D. Ferrante Gonzaga, príncipe de Molfeta y duque de Ariano, gobernador del Estado de Milan y capitán general en Italia; D. Luis de Leiva, príncipe de Ascoli, y D. Francisco Deste, hermano de Hércules, duque de Ferrara. Con bonanza de cielo y mar en Génova D. Filipe entró por la escala del grande y vistoso palacio del príncipe Doria, tan rica y costosamente adornado, que admiraba con agrado en todas partes la magnificencia para el servicio de D. Filipe y regalo de su familia, con tanto silencio y orden, que parecía todo se movía de sí mismo. La Señoría le recibió y ofreció su voluntad y poder en presencia de los cardenales Cibo y Doria, el Arzobispo de Matera, Nuncio del Sumo Pontífice Paulo III, y los Embajadores de Nápoles y de Sicilia, y D. Francisco de Médicis, hijo del duque de Florencia, y otros Gentilhombres por sus repúblicas y potentados de Italia y señores de Roma, que vinieron á significar la general alegría que tenían con su felicísima venida. El Príncipe les respondió agradecido á la aficion que á sus cosas en ellos con esta visita conocía. De las naves dos dias despues desembarcaron la ropa y caballos. En quince dias que descansó le recreó el Príncipe Doria cuanto le fué posible, y visitó D. Filipe á la Princesa Pereta de Mari, viuda de Juanetin, su hijo único, y esperanza y báculo de su vejez, por miserable caso y hierro de los enemigos del Emperador. Envió á D. Juan de Lanuza á visitar la Señoría de Venecia, y avisarle pasaria por sus tierras; y llegaron doscientos arcabuceros á caballo, enviados por el César para la guardia de su persona. A veinte de Diciembre entró en Milan, y antes dos millas le visitó el Duque de Saboya, y le besó la mano D. Alonso de Aguilar, hermano del Conde de Feria, que le dió aviso de la salud de D. Carlos; y porque volviese presto á él con relacion de lo que había, le despachó al punto. Milan en los arcos triunfales mostró su grandeza, ingenios y artes, y por ellos hizo su en-



trada D. Filipe, bien acompañado de caballería de paz y guerra y del Cardenal de Trento á la diestra, y á la siniestra del palio el Duque de Saboya. Fueron muchas las fiestas, y en Mantua, donde llegó acompañado del Marqués y del Duque de Ferrara. En Villafranca de Venecianos fué visitado y regalado de sus Embajadores, y del duque de Parma Octavio Farnese y de Esforza, conde de Santaflor. En Namur le recibió Filiberto Emmanuel, príncipe de Piemonte, con el duque Adolfo de Hestayn, hermano de Christiano, rey de Denamark. El recibimiento de Bruséles, donde estaba el Emperador, fué tan grande, que gastando lo más del dia, entró en Palacio de noche, y fué saludado de sus tías María reina viuda de Hungría, y Leonor de Francia, con gran amor y contento, aunque les pareció pequeño de cuerpo, acostumbradas á ver á los alemanes. Como si fuera el cuerpo humano jaula, que por más breve y más estrecha no la habita ánimo, á cuyo vuelo sea pequeña la redondez del cielo, segun ecelesntes ejemplos. Alentóse el César viéndole, y lo mostraron el contento, aspecto y salud que le faltaba. Las fiestas fueron en todas las ciudades y villas donde le juraron (comenzando Lobaina, cabeza de Brabante) maravillosas, y las esforzaba el Príncipe con admirables sucesos, varios y apetecibles. En una justa que se hizo en la plaza de Bruséles combatió con el conde de Manzfelt, aleman, soldado de gran nombre; bizarramente rompió sus lanzas, y de la de las damas él notable encuentro arrojó los trozos muy en alto con vocería del pueblo, regocijo del Emperador y de las Reinas, viendo al hijo tan buen caballero. Señalóse tambien en otra justa que se combatió en el Parque del Palacio el quince de Marzo de mil y quinientos y cincuenta: ganó el precio, rompiendo sus lanzas con gallardía y destreza. Agradados de su valor y majestad estaban con razon su padre y tías y sus vasallos gozosos; y así fué tal su demostracion, que llenó de la narracion de las fiestas la mayor parte de un gran volumen que hizo Estella Calvete, sabio y elegante español, titulado «El viaje del Príncipe, de sus notables cosas,» diciendo en el fin: «Fué el viaje más feliz que se puede escribir, y tal que se debe contar por uno de los que en el mundo hubo de felicidad y triunfo.» Allí lo podrá ver el curioso, escrito con erudicion, verdad, elegancia. Publicó Dieta por convocatoria el Emperador, para celebrarla en Augusta á veintinueve de Junio, y partió de Bruséles en los últimos dias de Mayo con las Reinas sus hermanas y el Príncipe. Deseaba elegirle Rey de Romanos, renunciándole sus Estados,

y el Imperio en su hermano Ferdinando. Contradecían los Ministros y la Reina María que sentía mucho dejar el gobierno de Flandres, sus regalos y poder absoluto. Tratábase con gran secreto; mas D. Filipe no calló el intento con el placer enemigo del consejo y el fervor de la juventud, el que reinando hizo á tantos enmudecer en su servicio, y fué impedida la negociacion por la queja que trujo de Maximiliano Luis Venegas de Figueroa, su mayordomo y embajador, no su persona; y principalmente porque Alemania y su religion no tenían conveniente estado y quietud despues de las guerras. Disponiendo la partida de su hijo, le dió facultad nueva para gobernar á España y las Indias, á veintiuno de Junio, como si fuera otorgada en Cortes generales, con autoridad soberana para hacer mercedes, proveer oficios, dignidades, tratar paces y treguas, sin limitacion. Desembarcó en Barcelona á los primeros de Agosto, y en Valladolid trató de aviar al Príncipe de Hungría y á su mujer. En tanto llegó Luis Venegas con instruccion para disponer la partida; y porque la Princesa estaba preñada, se detuviese hasta su parto, y el Rey fuese por mar á la ligera á Génova, donde hallaria criados del Emperador que le guiarían hasta Inspruch, en que estaria el Rey de Romanos, su padre. La Princesa parió una hija en la villa de Cigales, á primero de Noviembre, fiesta de Todos los Santos, nombrada en el bautismo Ana, que dejó Rey en la la monarquía de España, como se escribirá. En el año siguiente mil y quinientos cincuenta y uno, para que cesasen las pretensiones al Ducado de Milan, dió su investidura el Emperador á D. Filipe por su Bula en Bruséles, satisfaciéndole, sin consentimiento de los Estados del Imperio, diciendo: «Porque todo no es posible por respeto de nuestro imperial cargo.» No había menester aprobacion de otro para esto aunque parezca á algun francés sospechoso en todo: es su gobierno de aristocracia, no de monarquía. Pues si para donar en el Imperio (condicion mayor de la suprema autoridad y absoluta, independiente) podía su arbitrio, porque invistieron de sí mismos á muchos de Estados los Emperadores, ménos les era necesario el ajeno consentimiento para otros actos de jurisdiccion necesaria. Tenía en el año siguiente deciseis de edad el príncipe de Portugal D. Juan, segundogénito del Rey D. Juan II, porque había muerto el primogénito, y deseaba casarle, para asegurar la sucesion del Reino, con su prima hermana doña Juana, infanta de Castilla, hija del emperador Carlos V y de la emperatriz su mujer doña Isabel, hermana del